

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
V

ACADÉMICOS en el recuerdo 5

J. M. ESCOBAR
M. VENTURA
COORDINADORES



2021

ACADÉMICOS en el recuerdo 5



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 5

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2021

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 5

Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Miguel Ventura Gracia, académico numerario

Portada:

Manuel Pineda Priego

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-124797-8-2

Dep. Legal: CO 1441-2021

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**E. AGUILAR DE RÜCKER (1897-1991),
NOVELISTA Y ACADÉMICA**

por

MARISOL SALCEDO MORILLA
Académica Correspondiente

E Aguilár de Rükér es el seudónimo, fácilmente explicable, con el que firmaba sus novelas Encarnación Aguilár • Martínez, que era hermana de mi abuela materna, es decir, tía carnal de mi madre y tía abuela mía. La E. es la letra inicial de Encarnación, aunque en familia no la llamábamos así, sino Choly, diminutivo con que la rebautizó mi madre en sus primeros balbuceos; para el seudónimo mantuvo su primer apellido, Aguilár, y para completar tomó el segundo de su suegro, el compositor Cipriano Martínez Rükér, puesto que se casó con uno de los hijos de éste: Joaquín Martínez Ariza, que fue precisamente el que se encargó de llevar a cabo los trámites necesarios para unir Martínez y Rükér, con la intención de perpetuar en su descendencia el ilustre apellido de su padre.

Pero Encarnación Aguilár Martínez no es objeto de esta pequeña biografía por la fama de su suegro, sino por sus propios merecimientos: haber escrito y publicado cuarenta y seis novelas, que yo tenga recontadas, probablemente, alguna más, y en consideración a ello esta Academia la nombró académica correspondiente con residencia en Córdoba el 25 de enero de 1964. Mi intención es recuperar su memoria para honor suyo y de la Academia.

Encarnación Aguilár Martínez nació en Córdoba en 1897 y murió en 1991, poco antes de cumplir noventa y cinco años. Lo mismo que sus hermanas, Lola y Serafina -mi abuela-, cursó los estudios elementales que solían darse a las mujeres de su tiempo, lo que se conocía como Cultura General. Su maestra, observando las cualidades excepcionales que tenía para el estudio, habló con su padre, recomendándole que Encarnación cursara estudios de Magisterio, pero él prefirió que se quedara en casa, haciendo bordados, hasta que le llegara la hora de casarse, lo que, de paso, le vino muy bien para el negocio familiar, una sastrería especializada en uniformes militares, trajes de etiqueta, togas y vestiduras eclesíásticas, que estaba situada en la calle Alfonso XIII, unos metros más abajo que el Colegio de la Asunción, casi enfrente del Real Círculo de la Amistad.

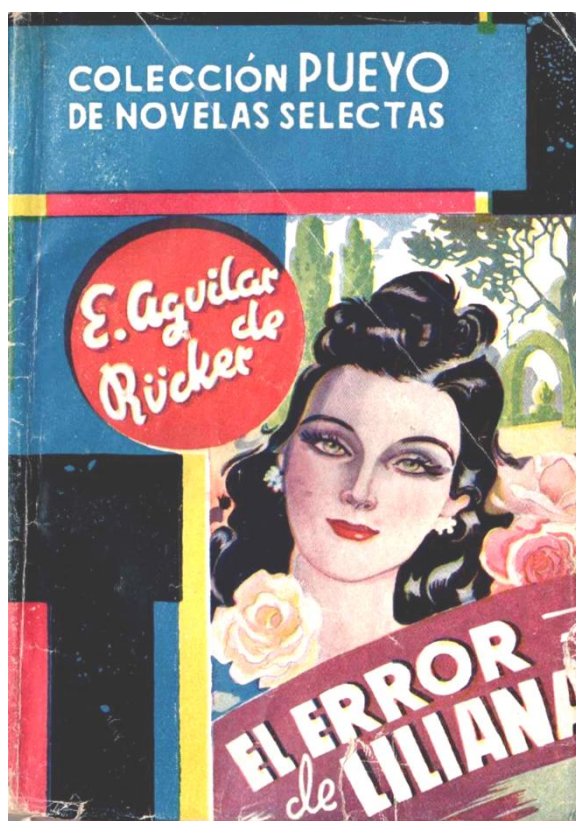
Y le vino bien, porque Encarnación se encargaba de la contabilidad y de coser habilidosamente aquellas piezas más delicadas, porque las disponía con más arte que las aprendizas y oficiales del taller. El tiempo que le sobraba lo invertía en leer, porque siempre fue una incansable lectora de novela y poesía. Así que durante la juventud no desarrolló su talento para la escritura, y tampoco después de casarse, ocupada en atender a su marido y en criar y educar a sus hijos, Cipriano y Joaquín.

Encarnación, como la recuerdo, era de pequeña estatura y regordeta, aunque de joven fue muy delgada. Tenía la tez clara, el pelo castaño y los ojos azules, con mirada viva y penetrante, lo que en mi casa definían con la frase «tiene ojos de revendedor de yesca». En las poquísimas fotografías que se conservan de ella aparece risueña, y es que ella era así: alegre, amable, de buen carácter, divertida, agradable, educada. Su conversación era culta, divertida y desenvuelta. Era una persona muy decidida, con mucha determinación; no se ahogaba en un vaso de agua.



E. Aguilar de Rücker con la niña Marisol Salcedo en sus brazos

E. Aguilar de Rücker fue una escritora tardía. Publicó su primera novela en 1946, es decir, a los cuarenta y nueve años. Según las crónicas familiares, esta afición o vocación se manifestó a partir de una depresión que sufrió, a consecuencia de la cual comenzó a padecer insomnio. Creo que pudo ser lo que hoy se conoce como síndrome del nido vacío, cuando sus hijos, uno médico y otro militar, se fueron a estudiar a Sevilla y a Zaragoza respectivamente y, más tarde, se emanciparon y se casaron. La cuestión es que permanecía insomne hasta altas horas de la madrugada y se entretenía escribiendo. Su marido tenía la costumbre de irse al Círculo después de cenar para jugar una partida de dominó. Cuando sus compañeros de partida se marchaban, se sentaba a jugar con él el conserje hasta que llegaba la hora de cerrar. Entonces se marchaba a su casa, que estaba muy cerca, porque siempre vivieron en el número 2 de la calle Carbonell y Morand. Encarnación y Joaquín vivieron con independencia sus respectivos insomnios.



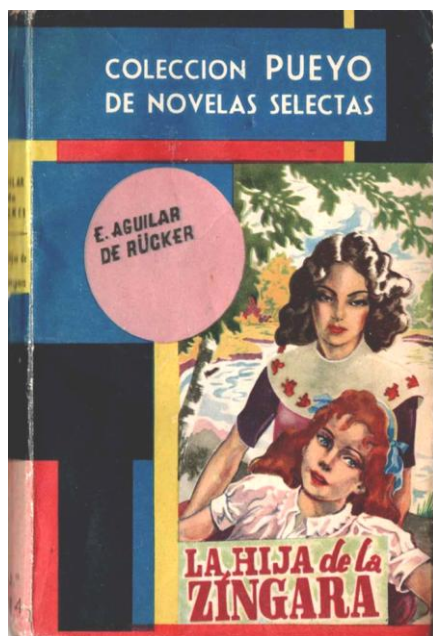
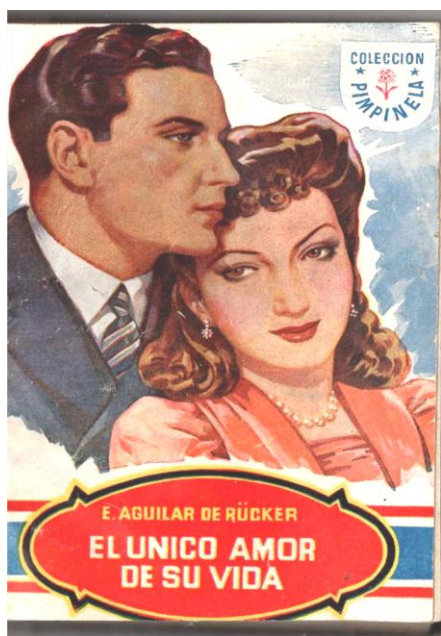
Portada de *El error de Liliana* (1946), primera novela de E. Aguilar de Rücker

Cuando E. Aguilar de Rücker empezó a escribir, no se proponía componer una novela, sino que anotaba ideas sueltas en los márgenes y espacios sobrantes del dietario en el que anotaba diariamente los gastos de la casa, mientras tomaba la cuenta a la asistente y le programaba las tareas y compras del día siguiente. Llegó un momento en el que, al acabarse el dietario, decidió reunir las anotaciones. Y, ya reuniendo todo el material, se le ocurrió la idea de convertirlo en novela y lo pasó a limpio a un cuaderno tipo bloc. Ya tomada la cosa en serio, en algún momento se decidió a utilizar la máquina de escribir, que siempre tecleó con dos dedos, pero primero escribía a mano con una preciosa caligrafía de letra inglesa y luego pasaba a limpio con la máquina. Sacaba copias con papel carbón en papel de seda; uno de color amarillo y otra de color blanco. Actualmente, hablar de esto es casi como hablar de la prehistoria.

No sólo no encontró dificultades para la publicación, sino que la apremiaron para que escribiera más. Entre 1946 y 1961, escribió las 47 novelas: 47 novelas repartidas entre 15 años, arrojan un mínimo de 3 novelas al año. Son novelas de consumo popular, novelas rosa, novelas de amor, novelas románticas. La primera de ellas, *El error de Liliana*, se publicó en la colección Pueyo de Novelas selectas, y en la misma colección, otras 3 más. Las 42 restantes fueron publicadas por la Editorial Bruguera: 19 en la colección Pimpinela, 10 en la colección Madreperla, 4 en la colección Rosaura, 1 en la colección Alondra, 3 en la colección Camelia, 1 en la colección Orquídea y 4 en la colección Amapola. Sus títulos, atractivos y sugerentes, son anticipo de apasionadas historias con previsibles finales felices. Lectura para un par de horas. Una tarde de poco pensar y buen sabor de boca. Estos son algunos de ellos: *El error de Liliana*, 1947, C. Pueyo de Novelas Selectas; *El único amor de su vida* (1947, Pimpinela); *¡Maleficio!* (1948, Pimpinela); *La gran aventura de Elizabeth* (1948, Pimpinela); *¡Mi vida por la suya!* (1948, Madreperla); *Tempestad en las almas* (1948, Pimpinela); *La hija de la zángara* (1949, C. Pueyo de novelas selectas); *¡Sin quererla!* (1949, Pimpinela); *Sombras en su vida* (1949, Pimpinela); *Bruma en el alma* (1949, Pimpinela); *Luchando con su destino* (1949, C. Pueyo de novelas selectas); *Perfiles humanos* (1950, Rosaura); *¡Quiero vivir!* (1950, Madreperla); *Huellas borradas* (1951, Rosaura); *Novela vivida* (1951, Pimpinela); *¡Hundida en el olvido!* (1951, Pimpinela); *¡Abandono!* (1952, Pimpinela); *Conflictos del alma* (1952, Madreperla); *¡Sin merecer su amor!* (1952, Pimpinela); *Con los ojos cerrados* (1953, Madreperla); *¡Siempre ella!* (1953, Madreperla); *Luz de amanecer* (1953, Madreperla); *¡Amarga venganza!* (1953,

Pimpinela); *Fiel a su amor* (1954, Alondra); *Una mujer perseguida* (1954, C. Pueyo de novelas selectas); *Nunca mires atrás* (1954, Pimpinela); *Su pasado* (1954, Pimpinela); *Envuelta en el misterio* (1955, Pimpinela); *Igual hoy que ayer* (1955, Camelia); *Al corazón no se le manda* (1956, Pimpinela); *La gran aventura de Elizabeth* (1956, Orquídea, 2ª/3ª Edición); *La mañana de su boda* (1956, Rosaura); *El amor borró rencores* (1957, Pimpinela); *Cuando una mujer quiere* (1957, Madreperla); *Llama inextinguible* (1957, Amapola); *Pasa un hombre* (1958, Pimpinela); *Su última aventura* (1958, Madreperla); *Vivir en el ayer* (1958, Amapola); *Y el destino los unió* (1958, Camelia); *Arianna y el desconocido* (1959, Camelia); *Una mujer en el destierro* (1959, Rosaura); *Prisionera del deber* (1959, Amapola); *El secreto de la dicha* (1959, Pimpinela); *Yo quiero ser amada* (1959, Amapola); *¡Mi vida por la suya!* (1960, 2ª Edición); *María del Sol* (1960, Pimpinela); *Renacer triunfante* (1960, Madreperla); *Peregrina de amor* (1961, Madreperla), fue la última y se agotó enseguida, porque estas colecciones llevaban en la contraportada fotografías de actrices y actores famosos, y ésta llevaba la de Sara Montiel.

Como puede suponerse por el número de publicaciones en una y otra editorial, ella prefería Bruguera. La cuestión económica tenía su papel, ya que no le pagaban mal del todo. Alrededor de 5.000 pesetas



Portadas de *El único amor de mi vida* (1947) y *La hija de la Zíngara* (1949)

por novela, que su marido le invertía en bonos del estado. Además, en Bruguera la trataban bien, la mimaban y la complacían en cuanto a sugerencias de portadas. La dejaban opinar y elegir sobre ellas, de manera que los retratos de mi madre y varias de sus primas sirvieron de portadas a las correspondientes novelas.

Para poner título a las novelas se organizaban cónclaves familiares y allí opinaba todo el mundo; las mujeres, seriamente; pero su marido y mi abuelo solían tomar en broma la cuestión e inventaban títulos disparatados; por ejemplo, a la que se llamó *Una mujer perseguida*, ellos proponían llamarla *La perseguida hasta el catre* y cosas por el estilo. Y, siempre cariñosamente, la llamaban Doña E.

Muchas de sus novelas figuran a la venta on line en librerías de segunda mano. En la Biblioteca Nacional están casi todas y en la Biblioteca Municipal, algunas. La colección que teníamos en casa ha ido mermando poco a poco entre mudanzas y préstamos sin devolución. Y bien que lo lamento. Cuando yo las leí, E. Aguilar de Rücker ya no escribía y Corín Tellado era la reina de este tipo de novela, pero cuando intentaban compararla con ella, mi abuela se enfadaba y decía: «Las novelas de mi hermana tienen más literatura».

Algunas de ellas, como *La gran aventura de Elizabeth*, tuvieron segundas y terceras ediciones, y otras fueron dramatizadas radiofónicamente desde EAJ24 Radio Córdoba. En su tiempo gozó de verdadero éxito. Para muestra de su estilo, tierno, cariñoso, sencillo y muy adjetivado, bastaría esta dedicatoria manuscrita a mi madre, de la novela titulada *El único amor de su vida*:

Para ti, Carmina querida, van estas páginas dedicadas, que fueron escritas inspiradas en tu carácter y hermosura de alma, la más linda flor que adorna y realza tu belleza delicada y gentil. Cariñosamente, tu Tía Choly. 19-4-47.

Veamos cómo se asemeja a la descripción de Rosa María, protagonista de la novela:

En un rincón oculto por el ramaje, el sol, con brillantes centelleos, penetraba difícilmente derramando su haz de luz sobre la cabeza de una joven de belleza maravillosa, idealizándola. Su tez parecía de nácar y rosa; la cabellera, magnífica, de lindos bucles naturales de un color castaño con reflejos dorados. Los ojos negros, rasgados y acariciadores, de pupilas aterciopeladas, de mirada dulcísima. En este momento

levantó la cabeza al sentir los pasos, y en la joven de soberbia belleza volvemos a encontrar de nuevo a nuestra Rosa María. Ésta conservaba su alma delicada e ingenua, y sus bellas cualidades, cultivadas con paternal solicitud por las madres que la querían entrañablemente, pues no se había separado de ellas, salvo unas cuantas veces al principio, durante los siete años de internado. (*El único amor de su vida*, 1947, capítulo 6°).

O ésta, de Javier, el pretendiente de Rosa María:

En aquella hermosa y arrogante cabeza de cabellos negros y rizados, coronando la frente amplia y despejada, se leía nobleza e inteligencia. Los ojos rasgados, grandes, de un azul muy oscuro, casi negros, apasionados, dejaban entrever un alma soñadora. El mentón pronunciado acusaba firmeza de carácter. En las facciones correctísimas, ahora contraídas por el dolor físico, se adivinaba que un sufrimiento interior imprimía en aquel hermoso rostro varonil un tinte de melancolía. (*El único amor de su vida*, 1947, capítulo V).

O ésta, de una tormenta:

La tempestad se anunciaba terrible en aquella noche de otoño. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones, que a la luz de los relámpagos parecían aún más amenazadores. El viento soplaba fuertemente, tronchando y desgajando sin piedad los árboles con furor de huracán, aumentando por momentos. El estampido de los truenos era ensordecedor, el zigzag de los relámpagos iluminaba el espacio como rápidas llamaradas de fuego. El bosque entero retemblaba y se estremecía como en el fragor de una batalla. Era verdaderamente espantoso.

Llovía de una manera torrencial; el agua formaba en el suelo pequeños arroyuelos que buscaban salida serpenteando entre los árboles para ir a juntarse con el que corría caudaloso en el fondo del barranco. Entre el ruido de los truenos que arreciaban y el silbido del viento, parecía como si hubiese llegado el fin del mundo. (*El único amor de su vida*, 1947, capítulo V).

E. Aguilar de Rücker concluyó su última novela a los 67 años de edad, y tres años más tarde fue nombrada académica. Nunca pronunció su Discurso de Presentación como académica correspondiente con residencia en Córdoba. En familia, alguna vez se hicieron conje-

turas sobre por qué no lo pronunció, por qué no formalizó su pertenencia a la Academia. Algunos intentaron achacarlo al machismo de su marido, pero Joaquín no era nada machista. Era un hombre culto, sensible a la belleza y el arte; profesor en la Escuela de Magisterio y profesor de Estética e Historia de la Música en el Conservatorio. Estaba muy enamorado de su mujer, pero no era celoso.

En aquellos años, Encarnación fumaba en público, iba sola al cine, y, si se terciaba, viajaba sola. Iba con su marido a los toros, que le gustaban muchísimo y sabía de ellos. También le acompañaba al fútbol. Él era socio del Córdoba e hizo socias a su mujer y a mi madre, las dos primeras mujeres socias del Córdoba. Con estos antecedentes, pensamos que si E. Aguilar de Rücker hubiera querido... habría pronunciado su discurso de ingreso. Pudo ser que lo fuera posponiendo *sine die*; pudo ser que le causara alguna inquietud enfrentarse a la vida académica...; por aquella época la única mujer en la academia era María Teresa García Moreno. Pudo ser que le inspirase mucho respeto o que ella no le diera mucha importancia a sus merecimientos.

Encarnación Martínez Aguilar murió el 5 de marzo de 1991. Sus restos reposan en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud, en la bovedilla n.º 19 de la fila 1 del departamento segundo, junto a su hermana Dolores y su hermano Enrique. A ella le habría gustado estar junto a su marido, en el panteón familiar de los Martínez Rücker, pero cuando ella falleció, el panteón no podía utilizarse, porque hacía muy poco tiempo que se había enterrado otro familiar.

Fue académica aunque no leyese su discurso de ingreso, y su recuerdo debe permanecer aquí. En cuanto a mis motivos, quizá el de mayor fuerza sea el cariño; lo que la quise y el agradecimiento por lo que me quiso y por lo que aprendí de ella. Y a lo mejor, casi setenta años después de su nombramiento, este recuerdo le sirva de presentación y su deuda con la Academia quede saldada definitivamente.

La colección «Francisco de Borja Pavón» de la Real Academia de Córdoba recoge las semblanzas de los académicos fallecidos desde su fundación en el año 1810. El presente volumen, quinto de la colección, recopila nueve semblanzas biográficas de otros tantos académicos que vivieron y desarrollaron su labor en el ámbito de las Ciencias y de las Letras en los siglos XIX, XX y XXI, contribuyendo con ello al desarrollo cultural de Córdoba. Sus autores son, asimismo, miembros actuales de la citada institución.

En el libro, tras el prefacio y prólogo, se han glosado -por orden cronológico de nacimiento- las siguientes personalidades académicas: **Rafael Ramírez de Arellano** (1854-1921), pintor, escritor y cronista entre Córdoba y Toledo, por José María Palencia Cerezo; **José Manuel Camacho Padilla** (1888-1953), catedrático, escritor y académico, por José María de la Torre García; **E. Aguilar de Rücker** (1897-1991), novelista y académica, por Marisol Salcedo Hierro; **Joaquín Moreno Manzano** (1920-2013), blasones y milicia, por Diego Medina Morales; **Ana María Vicent Zaragoza** (1923-2010), el museo como centro de protección del patrimonio histórico de Córdoba, por María Dolores Baena Alcántara; **Segundo Gutiérrez Domínguez** (1932-2012), la religión, la poesía y la madera, por Antonio Cruz Casado; **Jacinto Mañas Rincón** (1933-2020), médico y poeta, por Antonio Varo Baena; **Antonio Arjona Castro** (1938-2013), medicina, al-Andalus y Academia, por Rafael Frochoso Sánchez y María Jesús Viguera Molins; y **Manuel Pineda Priego** (1952-2021), profesor, emprendedor y académico: trayectoria vital de un gran compañero y mejor amigo, por Aniceto López Fernández y Manuel Blázquez Ruiz.

Con estos nueve académicos en el recuerdo son ya cuarenta y ocho los académicos rememorados y perpetuados en la presente colección, al tiempo que «su» Academia los rescata del pasado y vuelve a reconocerles su entrega y laboriosidad en pro de esta docta Casa, o lo que es igual, en pro de la cultura, de su tierra y de sus gentes.



Fundación pro
Real Academia de Córdoba